

La caja fuerte

Doña Laura, vencida en su sillón de mimbre, permanecía inmóvil. Su mirada, sin brillo, se clavaba en la cuna. En estas fechas nunca el Niño había estado en la salita, ni nunca tan solo; era el salón el que, en estas fechas, tomaba vida con el hervidero de gente y con los olores del belén. Las doncellas no daban abasto a reponer bandejas para los que llegaban con sus Felices Pascuas; Lola indicaba dónde y cómo había que recibir a unos y a otros; Lola gozaba del favor de los señores.

En estos días visitaban la casa los amigos de don José, los de doña Laura y la pandilla del hijo, la de Alfredo. Tampoco llegaban a faltar los empleados de la casa ni Antonio el marido de Lola.

Doña Laura, abstraída, mezclaba a la triste realidad del hoy, los recuerdos gratos del ayer.

Los pueblos del Andévalo vienen a ser parejos: casas bajas con fachadas blancas de cal, comedor con mesa camilla y corral con animales. Sin embargo suele haber, también, casas grandes con frontal alicatado, salón con vitrinas y patio con jardín. La casa de don Antonio era una de estas últimas.

Por las mañanas don José abría el pueblo; día tras día. Bajaba, daba paseos por las calles y volvía a subir.

El pueblo estaba un par de horas de la ciudad. Una perezosa camioneta hacía, a trancas y barrancas, su recorrido diario. Antes de amanecer, salía con un endiablado ruido y envuelta en una espesa nube de polvo. Anochecido ya, regresaba con espuma por el morro y con un fuerte olor a frutas tropicales y a tollos. Todos los meses y sobre la misma fecha, la familia bajaba a la ciudad, donde juntos pasaban algunos días. En esta ocasión, así lo hicieron, pero a su regreso se iban a encontrar con la noticia más desgarradora que nunca pudieran pensar:

Tarde calurosa de un verano avanzado. La parada bullía. A un lado, Lola en un mar de lágrimas; a otro, el teniente que, con semblante torvo, saluda a la familia y les da la noticia:

- Han robado la caja fuerte...

El teniente, achaparrado, chato y de ojo avizor, parece estar envenenado; don José ni por asomo sospecha de persona alguna conocida; él sospecha de todos...

Cinco años hace del suceso; ahora, la casa sin criados ni visitas es un caserón silencioso.

Doña Laura está aturdida en su sillón: el teniente, después de la distancia, ha venido a remover caldos; él siempre tuvo el caso por inconcluso y, cauteloso, siguió husmeando los movimientos de unos y otros y, oliéndose

que algunos acariciaban el olvido, ha preparado una ronda de citas a su oficina y ha empezado por los de uña y carne de la casa.

EL cuartel de no ser por una bandera que cuelga de un ventanuco, nadie sabría que lo fuera. A la entrada está Lola en una salita. Al final, Antonio en otra. El teniente, de la primera a la segunda, y de la segunda, a la primera. Llevan muchas horas. Lola, abatida. Antonio, abatido. El teniente, también lo está, pero no cesa; no comprende que hayan podido prosperar tanto con una tienda de mala muerte. Y, en una decisión repentina, deja de recriminar y pasa de la intimidación a la estrategia:

-Lola, puedes hablar; Antonio ha confesado.

Pero Lola, impertérrita, sigue en sus treces.

El teniente, implacable, se plantó en la otra salita y le espeta al marido:

-Antonio, puedes hablar; Lola ha confesado.

Y Antonio derrumbado contesta:

- Sabía que Lola no lo podría soportar.

El teniente, exultante viendo culminado su servicio, los esposas y los traslada al lugar de los hechos.

De los barrotes huecos de la cama de Lola y de Antonio, se recuperaba lo que quedaba del robo y del pozo de la casa señorial, unos garfios sacaban la caja fuerte; la caja fuerte de la casa de don Antonio y doña Laura.